



NUM. 17. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 26 DE ABRIL DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



las notas de las potencias occidentales en favor de Polonia va contestando el gobierno ruso con la mayor cortesía y política, y haciendo alarde de los sentimientos mas humanos. Entre tanto las tropas rusas devastan el territorio polaco; las cárceles de Varsovia rebosan de presos políticos; la sangre corre á torrentes, no solo en los campos de batalla, sino en los sitios de las ejecuciones capitales, y así se van mostrando poco á poco las intenciones benéficas y paternales del emperador. Por supuesto que S. M. no culpa á la Polonia de la insurrección actual; los insurrectos son simplemente unos tres ó cuatro millones de discolorados mal avenidos con el orden, soñadores con una libertad y una independencia, de las cuales está seguro el gobierno de San Petersburgo que habian de hacer mal uso si las tuvieran. Luego que el ejército y la fuerza material de Rusia, con el auxilio directo del rey prusiano y el indirecto del emperador austriaco, hayan dado cuenta de esos pocos revoltosos; luego que hayan caído arruinados los soberbios castillos de los señores rebeldes, y se hayan incendiado las chozas de los campesinos; luego que los caballos de los cosacos hayan pastado en los jardines y convertido en cuadras las iglesias; luego que se haya castigado á los hombres con el plomo y el hierro, á las mujeres con el azote, á los niños con el destierro, S. M. I. por un acto de esa inata bondad que le distingue, y para dar una prueba solemne de su clemencia y de su amor á la fiel Polonia, hará promulgar el Estatuto que tiene preparado para la felicidad de aquella importante region de sus dominios. La Europa toda, sabedora de las benévolas disposiciones del Czar, se frota las manos, se congratula

por el buen éxito que han alcanzado sus esfuerzos y esclama: ¡si no fuera por mis diplomáticos!

Lo peor es que, segun las últimas noticias, los discolorados se aumentan, los sublevados cobran ánimo y llegan á derrotar á los defensores del orden: y dentro de pocos dias el deshielo y la vigorosa vegetacion que vendrá en pos, permitirán poner en campaña grandes fuerzas de caballería.

¡Epoca funesta la que atravesamos! La justicia y el derecho no tienen en Europa aquellos ardientes defensores que en tiempos antiguos volcaron el Occidente sobre el Oriente. El escepticismo y el interés material tienen enervados los corazones; y el heroísmo de un pueblo como el polaco, solo inspira estériles simpatías. Todos simpatizan con la Polonia: pocos se mueven, pocos trabajan activamente en su favor; los gobiernos contentos con una nota que salve las apariencias, ven con impasibilidad esa guerra, en que de un lado está la santa causa de la libertad é independencia de un pueblo, y del otro la fuerza bruta del despotismo que le oprime. Observan todas sus vicisitudes y peripecias, cuentan las víctimas, enumeran los suplicios, forman la estadística de las catástrofes, dedican unos cuantos momentos á deplorarlas, y pasados esos momentos levantan la cabeza satisfechos y consolados de haber hecho lo posible en favor de la humanidad. Preciso es que tengamos mucha fe en el porvenir para no desfallecer ante lo presente.

Algunos periódicos han publicado un artículo del señor M. de M., acerca de los bailes dados en los últimos dias por varios individuos de la grandeza. Las iniciales de la firma y el estilo castizo y correcto del artículo, autorizan á creer que su autor es un señor marqués, muy conocido en nuestros círculos literarios. Dámosle el parabien por su bella obra: sin embargo, en el fondo no ha hecho gran favor á la aristocracia, á quien presume ensalzar. El artículo está en forma de carta dirigida á un obispo. Contarle á un señor obispo las impresiones de un baile, los trajes de las damas, cuál iba vestida de perla, cuál de aurora, cuál de noche tempestuosa, cuál de cielo sereno, es una idea original; pero aun nos ha parecido mas singular todavía la de pretender que todos estos bailes y saraos han tenido por principal objeto el socorro de los pobres, que los artesanos deben agradecerlos, que los pobres deben bendecirlos y que los establecimientos de beneficencia deben solemnizarlos. Vamos despacio, y no exageremos.

Nosotros hemos sido siempre los primeros en elogiar la caridad de las damas de la nobleza española; volvemos á elogiarla en este momento, y la elogiaremos siempre que la ocasion se presente. Los pobres, los necesitados, los desvalidos, deben mucho á los esfuerzos colectivos de las juntas de damas, é individuales de cada una de ellas. Pero el baile que una persona, conde ó duque, ó simple particular, da en su casa á sus amigos y relacionados, no tiene nada que ver con la beneficencia, ni se presta á elogios de ese género. Cuando para hablar de una de esas grandes fiestas que llaman la atención de todo un pueblo, se ponderan los beneficios que tales fiestas proporcionan á los pobres, se suscita una cuestion muy grave, en cuya solución hay muchísimos que no están de acuerdo con el señor M. de M.: la cuestion de si la emulacion en el lujo y los muchos miles de duros empleados en bailes, contribuyen á aliviar la miseria ó á exacerbarla. Cuando nadie ha criticado que se den por la nobleza bailes y saraos, el hablar de lo que ganan los pobres con ellos, puede parecer á los ojos de muchos una respuesta dada, no á la crítica exterior que no ha existido, sino á una objecion interior de la conciencia. Ahora bien, no habiendo habido quien haga cargos ¿no parece intempestiva la escusa?

El dar un baile no es ningun pecado, aunque se hable de él á un obispo, para que necesite que le disculpemos á los ojos de su ilustrísima. La duquesa de Medinaceli, la de Fernan-Núñez, todas las damas de la aristocracia y cada una de ellas, tienen acreditados sus sentimientos caritativos, y ejercen la beneficencia de la manera mas delicada, noble y generosa. Pero cuando dan un baile, le dan para divertirse y divertir á sus amigos, y hacen bien. Si gastan mucho, será porque lo tengan, y el que lo tiene lo gasta; y si hubiese alguno que gastase lo que no tiene, al fin en el pecado encontraría la penitencia. ¿Qué necesidad hay de presentar con un falso colorido un acto inocente y sencillo? Basta que sea inocente: no queramos elevarlo á la categoría de virtuoso, porque entonces nos esponemos á que la exageracion en un extremo traiga la exageracion del extremo contrario. Sea dicho esto con el respeto que merecen las dotes literarias del señor M. de M.

El tribunal eclesiástico ha fallado en estos últimos dias un pleito notable. Tratábase de una señora que pedía la nulidad del matrimonio que su esposo habia efectuado con otra. La demandante es protestante, del rito anglicano; su esposo católico, y católica tambien

la segunda esposa de éste. El tribunal ha declarado nulo el segundo matrimonio y válido el primero. Jurisprudencia: si un católico se casa con una anglicana ó vice-versa, el matrimonio queda subsistente. Esta jurisprudencia nos parece justa: sin embargo, esto no quiere decir que sobre el fondo de la cuestión concreta en que el tribunal ha fallado tengamos opinión ninguna: no podemos tenerla, no habiendo examinado las razones alegadas por una y otra parte. Hablamos solamente de la jurisprudencia.

Otro hecho notable que debemos registrar, es una exhortación de Su Santidad dirigida á la Rusia para que establezca la libertad religiosa en sus dominios. El papa aboga abiertamente por la libertad de cultos en Polonia y en Rusia, en Lituania, Curlandia, y otros países. Esto de libertad de cultos, según parece, es cuestión de localidades.

El jueves 23, aniversario de la muerte de Cervantes, se celebraron por la Academia española, en la iglesia de las Trinitarias, solemnes exequias en sufragio de los que cultivaron las letras patrias. Ofició el cardenal arzobispo de Sevilla y pronunció la oración fúnebre el señor don Francisco Benavides, obispo de Sigüenza, uno de los prebendados más doctos que cuenta la Iglesia española. La música, perteneciente toda á compositores del siglo de Cervantes, ha sido coleccionada por el señor Barbieri. La concurrencia al acto fue numerosísima.

En el teatro del Príncipe se ha representado con buen éxito esta semana un drama en cuatro actos de don José María Díaz, titulado *Siempre mártir nunca reo*. Tiene bellas escenas y bien preparadas: el autor ha hecho un buen ensayo del drama político; y el público aplaudió con calor las frases con que se condena la pena de muerte por delitos de opinión, que realmente no son delitos. La ejecución perfecta por parte de la Matilde Díez y Pizarroso.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CARTA EN DEFENSA

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

DIRIGIDA AL SEÑOR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mucho tiempo hacia, mi ilustre amigo don Juan, que no me dedicaba á la lectura de periódicos, ni aun de los literarios, cuando uno de mis estimados compañeros llamó mi atención hácia dos artículos en que se hablaba de don Pedro Calderon de la Barca, invocando al mismo tiempo mi respetuoso cariño al soberano príncipe de los poetas dramáticos españoles, para obligarme á salir á la defensa de su honra.

Sorprendiome sobremanera que en España hubiese quien, ni aun con el pensamiento, tratase de atentar á una reputación literaria tan alta como la de don Pedro Calderon, y sorprendiome aun más que del atentado fuesen autores dos personas ilustradas, testigos de la admiración y respeto de propios y extraños hácia el inmortal escritor dramático del siglo XVII.

Apresuréme, pues, á averiguar por mí mismo lo que no podía, lo que no quería creer, y encontré por desgracia razón bastante para la indignación de mi noble amigo en unos párrafos publicados por los señores Oñate y Utrera, el uno en un artículo crítico sobre *El Diablo Mundo*, y el otro en un artículo del mismo género sobre *Los Miserables*; párrafos que encierran juicios que, aun en los límites de hipotéticos, son absurdos; y cuántos errores, amigo mio, hasta brillantemente redactados, pasan sin ser combatidos en las columnas de los periódicos á alimentar perniciosamente las inteligencias! Y esos errores se coleccionan casi siempre, y colocados en volúmenes en las bibliotecas, serán quizá venerados como luminosas verdades, á lo menos por los que no tengan ocasión de conocer que solo son brillantes errores.

Por eso no podía yo con ánimo sereno ver pasar sin impugnación juicios faltos de fundamento que tan de cerca hieren en lo más sagrado de la honra del gran Calderon de la Barca, por más que la fecha de su publicación quedase tan atrás, que diese lugar á que se tachase al vindicador de inoportuno. Siempre es oportuna la luz purísima de la verdad y de la justicia.

Pero ¿quién había de decir la verdad con autoridad bastante para hacer justicia, aunque la verdad fuese clara y la justicia fácil de reconocer? Cuando el acusado es el venerable autor de *La vida es sueño*, su defensor en esta época debía ser el ilustre autor de *Los amantes de Teruel*, que es al mismo tiempo el sabio colector y anotador de las obras de aquel egregio poeta. Confieso á usted ingenuamente, don Juan amigo, que cuando le escribí, participándole mi propósito de impugnar y rechazar las ofensivas y calumniosas suposiciones de los articulistas de *La Revista Ibérica* y *La España Literaria*, trataba de explorar la voluntad de usted, que sin duda era excelente, según me lo indicó su atenta carta contestación, en que me alentaba para tan noble empresa, desconsolándome, sin em-

bargo, su deseo de que no le comprometiera con mi epístola á tomar parte en la justa causa, por motivos muy respetables seguramente, pues que se fundan en las constantes exigencias de su nuevo y honrosísimo cargo en que es usted digno sucesor del docto don Agustín Duran.

Tomo, pues, á mi cargo, y como Dios se sirva darme á entender, la defensa de DON PEDRO CALDERON, y conste al lector pacientísimo que el nombre de usted con la cita que hago de su carta, son una especie de fuerte antemural de autoridad literaria, detrás del cual se coloca y resguarda hoy mi humilde nombre, sin significación en la ilustre y nobilísima república. Por otra parte, la inocencia y la gloria del acusado y la justicia que asiste á su causa, esparcen tan claros y puros resplandores, que ellas solas bastan para asegurar el triunfo y para dar á la defensa la importancia y el valor que el abogado por sí jamás podría darle.

El señor don Ramon Oñate publicó un artículo sobre *El Diablo Mundo* en la *Revista Ibérica* de Madrid, 30 de abril de 1862, y en *La España literaria*, de Sevilla, 15 de octubre del mismo año, publicó otro sobre *Los Miserables* el señor don Federico Utrera. En aquellos dos artículos, publicados en distintas épocas, en sitios diversos y sobre diferentes asuntos, vienen los articulistas críticos citados á parar al mismo punto de extravío por el difícil camino de la filosofía. Y hablando el uno de Espronceda y el otro ocupándose de Víctor Hugo, mezclan con estos nombres el nombre de CALDERON, y á este egregio y católico poeta bautizan con el aborrecible título de *escéptico*, aunque no de una manera afirmativa y resuelta.

¡Escéptico Calderon!... — Hagámonos cargo detenidamente, amigo don Juan, de los denunciados párrafos, que no pueden menos de ser hijos de la alucinación de un instante de esos dos críticos, cuyo buen juicio y claro talento se han revelado en otras ocasiones, y á los que hoy apelo con la esperanza de que al fin les han de hacer reconocer su error, si—lo que Dios no permita—no está el error encarnado en sus opiniones y tendencias filosóficas.

Antes de proceder al exámen de cada uno de los párrafos, debo decir que los dos críticos están enteramente acordes en el modo de acusar á mi insigne y venerable defendido por medio de hipótesis. Pero las suposiciones injuriosas ofenden tanto como las mismas afirmaciones, y por otra parte, los juicios de la crítica dejan de serlo, como no puede ocultarse á los señores Oñate y Utrera, desde el momento en que no van prudentemente acompañados de las pruebas más claras. El recto juez no firma un fallo si la más ligera duda de su razón hace que vacile un momento su conciencia; no condena al criminal si la prueba plena no viene á hacerle convencerse de la existencia del crimen. La verdadera crítica constituye un tribunal supremo, y la magistratura literaria debe ejercerse con arreglo á sus leyes, basadas en la rectitud de la conciencia más escrupulosa. Los juicios literarios deben siempre caminar sobre sólidos argumentos y razones irrecusables, y nunca deben abandonarse á un *quién sabe*, á un *acaso*, á un *tal vez*, y mucho menos si los juicios se dirigen al fondo del pensamiento de un autor ó al sagrado de su vida íntima, y todavía menos tratándose del venerable sacerdote que tantos honores mereció en el ejercicio de su difícil ministerio.

El *acaso* y el *tal vez* nada significan para el hombre de estudio que busca con independiente criterio y detenido exámen en las obras de un autor lo que hay de exacto y de aventurado en los juicios que de ellas se forman. Pero significan mucho para el ignorante débil y lleno de preocupaciones que ve una ley en cada opinión formulada y enunciada en letras de molde. En tal concepto, no debemos extrañar que un sencillo y timorato padre de familia que lee en un periódico científico y literario que Calderon fue *tal vez escéptico*, se alarme y corra horrorizado á arrebatarse por sí *acaso* las obras del inmortal poeta, del gabinete de estudio del hijo aficionado á la lectura de las eminencias de la dramática española.

Hé ahí, en mi concepto, el punto de vista de más alta trascendencia del progreso de la instrucción en todas las clases de la sociedad. El hombre, para ser verdaderamente libre, debe empezar por hacer independiente su inteligencia por medio del estudio, que va poco á poco disipando las sombras de la ignorancia y de las preocupaciones que sujetan la razón al juicio ajeno. Un pueblo de idiotas estará siempre muy cerca de ser un pueblo de esclavos.

Pero por lo mismo que es obra muy larga y difícil, por no decir imposible, la redención universal de los esclavos de la ignorancia, están los hombres de letras obligados á meditar mucho antes de emitir públicamente juicios y opiniones que pueden ser alimento de inteligencias nacientes ó poco dispuestas á distinguir lo bueno y lo malo de las ideas que constituyen el fondo de su estudio.

Pero vengamos ya, mi respetable amigo, al especialísimo párrafo del señor Oñate en su artículo sobre Espronceda. Busca el sepulcro del desventurado autor de *El Diablo Mundo*, y al encontrarle entre el de Larra y el de mi insigne defendido, esclama como arrebatado por el triunfo de un gran hallazgo: «¡Estraña

coincidencia! ¡Trinidad que despierta mil pensamientos indefinibles! Larra murió suicida; Calderon fue *tal vez escéptico*.»

Estraña es, ciertamente, la coincidencia que se empeña en ver el articulista, sin duda en fuerza de los *indefinibles pensamientos* que se atropellan en su mente lastimosamente extraviada. ¡Cuánto más lógico, más fundado en la verdad, más trascendental bajo el punto de vista filosófico, sería hacer notar la proximidad de los sepulcros de dos escépticos y de un profundo creyente: de dos escépticos que sucumben ahogados por su propio escepticismo en la juventud, en la hermosa edad en que deben germinar las santas creencias, y de un profundo católico que, animado por su propia fe, emplea su larga vida en honra y gloria de su Dios y de su patria, y muere, abrumado el cuerpo por la vejez y revestida el alma de una inmortal juventud!

Pero esa manera natural de entrar en consideraciones, no era sin duda la que convenia al giro falso de la precipitada fantasía del crítico. Por eso y por ser ya consecuente y por huir de explicarse lo aventurado, lo errado de aquel primer paso, avanza con otro y otros en el mismo camino, diciendo que «*acaso*» Calderon, sirviendo á una religión que no da colorido á las ilusiones del mundo, recordó los tiempos en que al frente de los bravos tercios españoles, andaba por países extraños, recogiendo los laureles de la victoria y recibiendo las coronas de mano de las doncellas.» «¡Quién sabe—añade el señor Oñate,—si, abrumado por los recuerdos, renegó del sacerdocio, ahogando sus suspiros porque la Inquisición le esperaba con sus hogueras!»

¡Cuánto error, cuánto extravío en tan breves palabras! El que las ha leído una vez entendiéndolas, y pretende hacerse cargo de ellas para contestarlas con detención á su pesar, respira fatigosamente y se queda considerándolas, como el hombre que ha visto y tanteado una peña que quiere cargar sobre sus hombros y la contempla por todas partes una y otra vez, receloso de que no basten sus fuerzas para tanto peso.

Calderon no se hizo sacerdote hasta los cincuenta años, según manifiesta su amigo y autorizado biógrafo don Juan de Vera Tasis y Villarreal. Si á los veinte años había ya cultivado con grande aprovechamiento, como el mismo biógrafo asegura, las ciencias naturales, morales y políticas; si desde esa edad supo *hermanar con excelencia las armas y las letras*, con inclinación á las primeras y con soberano ingenio é inagotable inspiración para las segundas, distinguiéndose como soldado en Milan, en Flandes y en Cataluña, encantando la corte con sus celebradas comedias; si Calderon hizo larga vida de estudiante en Salamanca, azarosa vida de soldado en España y lejos de ella, vida alegre de cortesano cerca del rey Felipe, *el ingenio*, que le agasajaba y favorecía como á poeta que había conquistado su privanza literaria; ¿podremos suponer que careciese á los cincuenta años de la esperiencia del mundo y la independencia de razón necesarias para escoger con buen juicio una manera de vivir que le condujese dulcemente al término feliz á que aspiraba su privilegiado espíritu?

Calderon, por sus años, por su elevado talento, por sus profundos estudios, sabía muy bien el mundo que dejaba y el Señor á quien quería dedicar sus servicios abrazando el estado eclesiástico, habiéndose ya aficionado desde sus albores dramáticos á tratar en la escena asuntos sagrados, en cuyo peligroso y difícilísimo terreno mostró las relevantes dotes que poseía con su admirable *Mágico Prodigioso*, *La Virgen del Sagrario*, *El Purgatorio de San Patricio*, *La exaltación de la Cruz* y otras escritas algunos años antes de ordenarse y en que ya se revelan claramente los grandes conocimientos teológicos del poeta y su fe pura y ardiente, fortalecida por aquellos mismos conocimientos. Con esos dramas devotos en que procuraba el triunfo de su aspiración, muy en consonancia con el espíritu esencialmente religioso de la época, se preparó nuestro poeta para el *auto sacramental*, género que él solo supo manejar dignamente, revistiéndole de aquella severa y augusta poesía que el sagrado objeto reclamaba.

Calderon, pues, no podía ignorar que la religión á que iba á dedicar sus servicios como ministro, no solamente *no da colorido á las ilusiones del mundo*, sino que las rechaza y condena cuando conducen al triunfo de las malas pasiones y arrastran á la impiedad y al ateísmo; como las que dieron por amarguísimo fruto el descreimiento y la desesperación al desventurado Espronceda, cuyo poema examina el señor Oñate.

¿Cómo podía buscar Calderon, casi sexagenario, el colorido de las ilusiones de que había sabido huir cuando ya en el príncipe Segismundo había ya revelado con la verdad que *es un sueño la vida* y que todas las glorias de este mundo, que es el destierro, parecen cuando despertamos en el otro, que es la patria y cuyas glorias son eternas? En el Segismundo de la comedia presenta el Hombre, como después quiso confirmarlo en el auto sacramental que escribió con el mismo título de *La vida es sueño*, y en el cual el rey de la creación, arrastrado primero por la ilusión de los sentidos y esclavo del Albedrío, que le adula, desconoce orgulloso á su Hacedor y va á caer despeñado en el mar de los desengaños, que le aleccionan severamente, acla-

rando las luces de su entendimiento y salvándole la Sabiduría que al fin del auto aparece fuertemente abrazada á la Cruz, símbolo de la redención del hombre, columna imperecedera de su fe y árbol eterno de su esperanza de salvación.

Si Calderon hubiera pertenecido á la escuela débil y cobarde de los escépticos, no hubiera elegido el desengaño como camino de reconocimiento para llegar á usar con templanza y modestia de los bienes de esta vida, sino que le hubiera tomado por arma de suicidio, y el príncipe Segismundo, al encontrarse otra vez en la fría soledad del calabozo, hubiera hecho de la prisión su tumba, pero jamás el templo de su resignación y de su humildad, del que al fin sale, no príncipe vengador, sino rey prudente que, en medio de sus brillantes triunfos, halla su mas alta victoria en vencerse á sí mismo.

Vencerse á sí mismo: hé ahí la soberana ilusión que encerraba el alma de nuestro querido poeta, que quiso realizarla en el servicio de la religión de sus ilustres antepasados. Tenía una afición ciega al ejercicio de las armas, y haciéndose ministro del Señor de los ejércitos, *atajó aquellos ardientísimos impulsos militares*, como dice Vera Tasis, sin que éste ni otro biógrafo ni historiador alguno incluyan entre las distinciones y mercedes que Calderon alcanzó como soldado las coronas de laurel que el novelesco y fantástico crítico le hace recibir *de mano de las doncellas*.

Entre los recuerdos que de soldado y poeta llevaba el sacerdote, nada de particular ni de extraño hubiera tenido, sin embargo, que se encontrase alguno de admiración y simpatía del bello sexo, pues según las noticias que da su contemporáneo panegirista don Gaspar Agustin de Lara y otras no menos auténticas, en Calderon se reunían la belleza del rostro, la dulzura del carácter, la riqueza del ingenio y el templado valor del corazón, circunstancias que le hacían uno de los caballeros mas estimados en la corte de aquel rey que fue tan estremada y perjudicialmente aficionado á las alegres fiestas, como su padre don Felipe III lo habia sido á sus rezos y devociones.

Pero Calderon que desde que abandonó la universalidad de Salamanca, por espacio de treinta años, habia sabido como militar y como poeta disfrutar con moderación de los constantes favores de la fortuna, siendo humilde y modesto hasta cuando iluminaba su hermosa frente el esplendor del trono; Calderon, que tenia motivos para estar fatigado de aquella vida agitada de continuos triunfos, sencillo y sin ambición de ningún género, ni se envanecía con aquellos lauros, ni se dejaba arrastrar por aquellos dulces recuerdos, ni tenia, en fin, por qué *renegar del sacerdocio*, al que espontáneamente se habia acogido ya tan conocedor del mundo, viniendo su pasión por las armas y pudiendo así entregarse mas tranquilo á la dulce quietud de las *festivas musas*, como dice su ya citado biógrafo. Y en esa dulce quietud, como poeta y como sacerdote, pasaba alegremente su vida trabajando en honra y gloria de su Dios, sin temor al odioso tribunal de la Inquisición ni á sus hogueras horribles, porque tenia dentro de sí mismo el recto y severo tribunal de su conciencia, y su alma noble y cristiana se abrasaba toda en las purísimas inmortales llamas del amor de la religión, del amor que le era propio, como dice el eminente crítico Schlegel, que ve en el egregio poeta «el hombre venturoso que se habia librado del laberinto y del desierto de la duda en el asilo de la fe, desde donde contempla y pinta con una serenidad que nada puede turbar, el curso de las tempestades del mundo.»

(Se concluirá en el próximo número.)

EDUARDO BUSTILLO.

LA FRENOLOGIA EN SU ESTADO ACTUAL

La frenología es la historia natural del entendimiento humano, es decir, la manifestación y exposición de sus facultades fundamentales. Las facultades fundamentales del entendimiento son aquellas á que puede referirse cualquiera de las actividades morales.

La historia natural del entendimiento es una ciencia nueva, pues aunque los que se dedicaban antes á estudiarla trataban de descubrir sus facultades fundamentales, jamás pudieron lograrlo. Todos ellos quisieron lograr este fin por medio de las observaciones hechas sobre sí mismos; pero el sentimiento propio, la observación de sí mismo y la conciencia, dan tan poco conocimiento de la forma y estado de nuestro entendimiento, si se nos permite decirlo así, como de la estructura interior de los órganos y entrañas de nuestro cuerpo. El hombre siente que vive moral y materialmente, pero no sabe cómo se verifica esto.

La historia entera de la ciencia del entendimiento, no es mas que una prueba continua de lo dicho. Todos los que se han dedicado á este estudio han considerado de un modo distinto su forma, por decirlo así; cada uno le suponía dotado de facultades diferentes, atribuyéndole dos, tres, siete, según las diversas opiniones; pero las que los unos admitían eran rechazadas por los otros. Para los unos el sentimiento y la memoria eran dos facultades fundamentales; para los otros la memo-

ria, no era mas que la repetición del sentimiento, por lo cual las dos cosas juntas no formaban mas que una sola facultad. Posteriormente ha habido algunos que han creído poner término á esta cuestión perpetua, no queriendo distinguir ninguna facultad fundamental en el entendimiento y explicando como una misma y sola facultad en el fondo, todas aquellas aun aparentemente tan distintas, como por ejemplo, la inteligencia y la sensibilidad; pero esta nueva opinión ha venido á hacer mas complicada la cuestión, la cual no ha podido resolverse por los medios empleados hasta ahora.

No siendo, pues, la observación de sí mismo ¿qué otro medio podía guiar al conocimiento del modo de ser del entendimiento? La observación del entendimiento de otros parece menos propia aun para lograrlo, y sin embargo, este medio es precisamente el único recto y adecuado.

No siendo iguales sino sumamente distintos los entendimientos de los hombres, en esta diferencia está el medio de conocer su modo de ser. Si por ejemplo, un hombre tiene mucha inteligencia y poca sensibilidad y otro poca inteligencia y mucha sensibilidad, está probado matemáticamente que estas dos cosas son distintas, no solo en la apariencia, sino tambien en el modo de ser del entendimiento, del mismo modo que con respecto de los órganos en la estructura del cuerpo, la facultad de ver está separada de la de oír, porque un hombre ve bien y oye mal, y otro ve mal y oye bien.

La historia natural del entendimiento formada por este medio de investigación, se ha estudiado ya con muy buen éxito; vamos á hacer algunas indicaciones acerca de lo que se ha descubierto.

El entendimiento muestra en su forma, por decirlo así, tres grupos de facultades separados entre sí; el inferior ó sea el sentimiento animal, el del sentimiento moral y el del sentimiento intelectual. En muchos hombres el sentimiento animal es muy fuerte y el sentimiento moral y el talento muy débiles ó nulos. Sin embargo, la diferencia de los tres grupos es de poca importancia porque cada uno de los sentimientos que los forman, subsiste por sí mismo y está separado de los demás; así, por ejemplo, el grupo del sentimiento animal puede ser muy fuerte en un hombre, pero uno de los sentimientos de este grupo muy débil.

Las facultades del entendimiento que se han hallado aisladas, son principalmente las siguientes: en el grupo del sentimiento animal, el amor de otro sexo, el de los hijos, el de la lucha, el llamado de destrucción, el disimulo, el sentimiento de la propiedad y el de prevision.

En el grupo del sentimiento moral: el aprecio de sí mismo, el deseo de agradar, el sentimiento de firmeza, el de probidad, el de respeto ó religion, el de esperanza, el de benevolencia, el de imitación, el de lo prodigioso, el de la belleza y la afición á la chanza.

En el grupo del talento: el sentimiento de la oposición, el de figura, el de lugar, el de peso, el de los colores, el de orden, el de numeración, el de los hechos, el del tiempo, el del tono, el de la facultad de comparación, el de la facultad de deliberación, etc., etc.

Está demostrado que todos estos sentimientos existen como separados entre sí, como subsistentes por sí mismos en el entendimiento, porque se ha observado en muchos casos que uno de ellos es muy fuerte y los demás muy débiles, ó muy débil y los demás muy fuertes. Cada uno de estos sentimientos se refiere á otro, como por ejemplo, el de la vista al oído. En general se hallan mas semejanzas que diferencias entre los sentimientos exteriores y los interiores; pero hay la diferencia de que los sentimientos exteriores están en una proporción igual, y los interiores en una sumamente desigual. Un hombre en buen estado de salud ve y oye tan bien como otro, pero sería muy raro hallar uno en quien el sentimiento interior mas fuerte y el mas débil no estuvieran en una proporción extraordinariamente distinta; de aquí proviene la diferencia moral tan infinita que hay entre los hombres.

Este método de hallar las facultades fundamentales del entendimiento, es como hemos visto una especie de química semejante á la del mundo material, solo que en esta podemos hacer á voluntad nuestra los experimentos de separación, al paso que en la otra, la naturaleza nos los presenta ya hechos. El valor de ambos métodos y la naturaleza matemática de la prueba es aquí y allí la misma. Sin embargo, la dificultad de la investigación es mayor en la química moral correspondiente al punto mas elevado de la ciencia. Ambas ciencias son nuevas; antes que hubiese una química científica de los cuerpos, no se admitían en ellos mas que cuatro elementos; en el día no se conocen mas que algunos y llegan á cincuenta; antes de que la frenología fuera una ciencia, se admitían generalmente tres facultades fundamentales en el entendimiento; en la actualidad se conocen unas treinta y seis. Es notable tambien en ambas cosas la proporción numeral que hay entre los elementos admitidos antes y los que se han demostrado despues.

Aunque este método de investigación del entendimiento es muy científico y suficiente, hay, sin embargo, otro que es tambien una prueba para establecer la exactitud del descubrimiento científico; y es que para cada facultad del entendimiento que se encuen-

tra, hay un órgano especial en el cerebro. Esto sirvió en parte para ampliar y explicar la ciencia que por sí era muy difícil; pero por otra parte dándole un campo mas vasto la espuso mas fácilmente á errores. Véase lo mas esencial del estudio de los órganos.

El cerebro es el órgano, el instrumento de todas nuestras sensaciones interiores. La prueba de esto es que el cerebro desde los animales mas pequeños hasta los mas grandes y hasta el hombre mismo, toma un volumen que está en relación con su capacidad moral. El hombre tiene el mayor cerebro porque es el que está mas elevado en la escala intelectual; ó es el que se halla mas elevado en la escala intelectual porque tiene el mayor cerebro.

Esto es tan aplicable en general como en particular. Primeramente se demostró que la parte posterior ó inferior de la cabeza está en relación, en cuanto á su volumen, con la fuerza del sentimiento animal; la parte superior, en relación con el sentimiento moral y la parte anterior en relación con el talento. Aquí se repite lo que hemos dicho arriba: un hombre tiene muy desarrollada la parte posterior ó inferior de la cabeza, porque el sentimiento animal es muy fuerte en él ó este sentimiento es muy fuerte por tener muy desarrollada la parte posterior ó inferior de la cabeza.

En segundo lugar esto es aplicable aun á casos muy especiales, porque se ha probado que partes aisladas del cerebro corresponden por su volumen á facultades fundamentales aisladas; un hombre, por ejemplo, muestra la parte posterior de la cabeza y sobre todo la parte determinada especialmente muy grande: en ese caso el sentimiento animal es muy fuerte en él ó vice-versa.

Por no estendernos demasiado omitimos aquí las muchas pruebas que hay acerca de la existencia de los órganos aislados y de su lesión ó enfermedad.

Pero la gran cuestión, la cuestión primera en cuanto al estudio de los órganos, es saber si pueden conocerse y juzgarse la forma del cerebro y el tamaño de los órganos por la forma exterior de la cabeza. El célebre anatomista Arnold dice acerca de esto: «La configuración del cráneo en general y sus divisiones particulares dependen en gran parte de la forma del cerebro, pues los huesos de la cabeza se modelan conforme al cerebro, y por lo tanto su configuración especial está determinada por la de aquel; así, pues, las particularidades morales de individuos aislados deben conocerse por la forma especial de la cabeza.» La cuestión se puede resolver tal vez de un modo mas preciso. La diferencia de formas que se encuentra en las cabezas humanas es sumamente importante; en un hombre, por ejemplo, la parte posterior de la cabeza es con frecuencia dos ó tres pulgadas mayor, y la parte superior á veces llega á ser hasta tres pulgadas mas elevada que en otro. La irregularidad en el grueso del cráneo es insignificante y en general no escende de una á dos líneas. En la diferencia de configuración de la cabeza humana tiene la forma del cerebro una parte, por lo menos diez veces mayor que en la irregularidad del grueso del cráneo. Aunque el volumen de un órgano del cerebro no puede conocerse exteriormente con una precisión matemática, un órgano grande ó muy grande puede distinguirse con una seguridad absoluta de otro pequeño ó muy pequeño. Esto basta en último extremo para lo que exige estrictamente la ciencia, pues que esta, lo mismo que la demostración de las facultades fundamentales del entendimiento y sus órganos, no descansa mas que en el conocimiento de diferencias muy grandes.

De aquí proviene el gran error de considerar que la frenología enseña á determinar con seguridad científica el carácter total de un hombre por la configuración de su cabeza; pues la cuestión de si puede demostrarse en general una facultad fundamental del entendimiento ó su órgano en el hombre por un número suficiente de casos determinados, no tiene ni la menor relación con la de si el carácter total de cada hombre aislado ha de determinarse por la configuración de su cabeza. La primera cuestión tiene una contestación afirmativa y la frenología es la ciencia precisa para ello; la segunda, no permite mas que una afirmación condicional y aun para esto la frenología que es la ciencia que entra, en cuanto es posible, en la designación de todos los órganos, llega á ser á medida que avanza, mas insegura y mas espuesta á errores. Además se presentan aquí influencias como el temperamento, etc., de las cuales no se ha tratado todavía de una manera decisiva con relación á los órganos de mayor desarrollo.

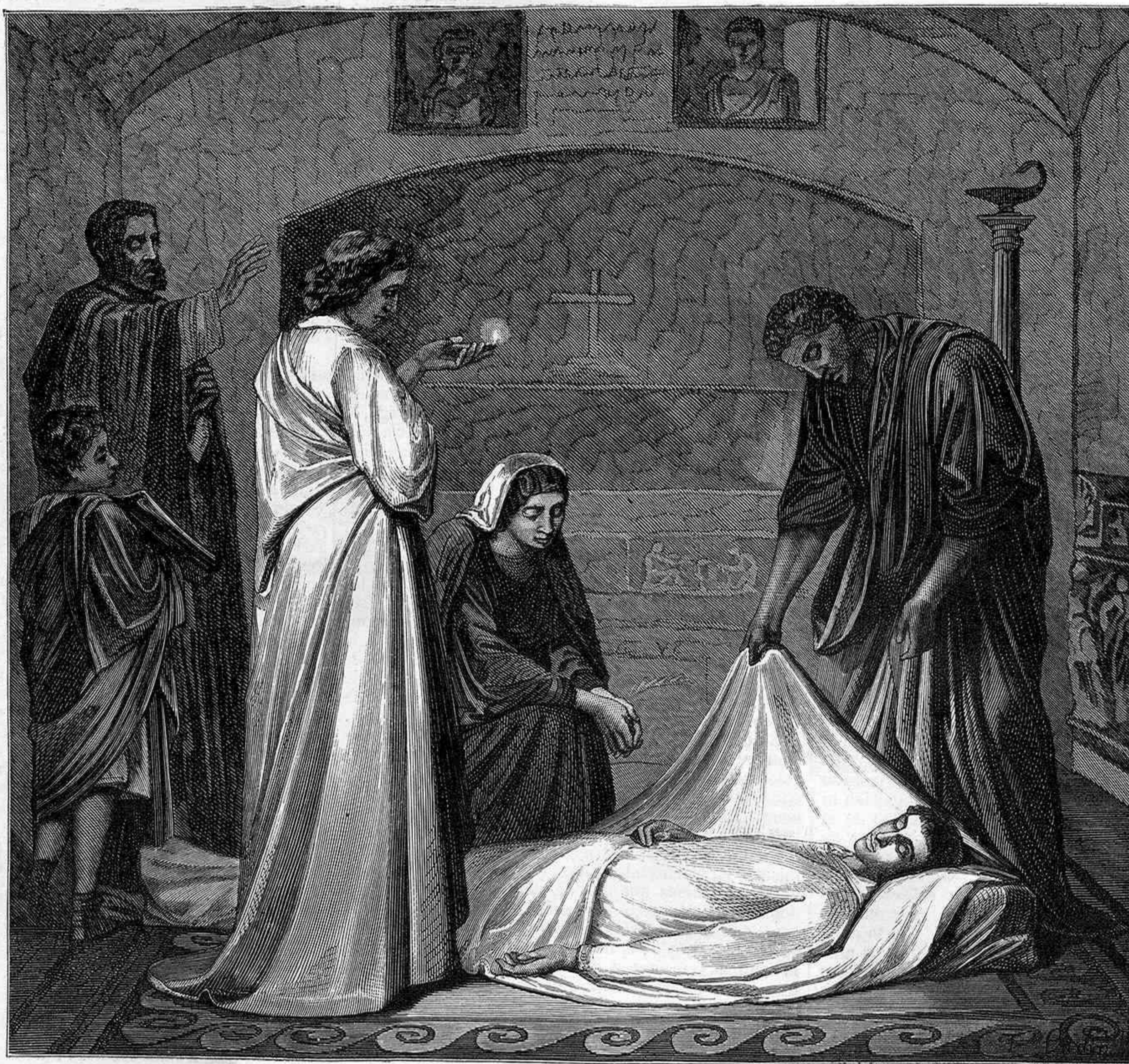
Por lo que hemos dicho no debiera, pues, considerarse á la frenología como una ciencia combatida por muchos y rechazada en general; pero, varias causas se han opuesto á su estudio y á que se reconozca su verdad; principalmente la novedad de su doctrina acerca de los órganos aparece á primera vista tan extraña y chocante, que involuntariamente suscita duda. El estudio de esta ciencia, puramente práctica, es muy difícil cuando solo se hace en los libros; además el aprecio de sí mismo y el deseo de agradar influyen muchas veces en el modo de considerarla. Los frenólogos tambien han cometido un grave error no haciendo una separación sistemática y completa entre la ciencia que trata del entendimiento y la que trata de los órganos, separación por medio de la cual puede únicamente llegarse

en la frenología á una claridad filosófica y bien basada. Lo que impide mas poderosamente el estudio sólido de la frenología, es la opinion errónea de sus antagonistas de que Gall y todos los frenólogos debian haber estado conformes en cuanto á la estructura del cerebro, etc., y para atacarla dan grande importancia á la diferencia de sus opiniones. Ejemplos de esta clase no son nuevos en las ciencias. Cuando se descubrió el movimiento de la tierra alrededor del sol, los sabios de aquella época le combatieron demostrando que de ser, como se pretendia, en ese caso los huracanes arrancarían todo lo que hubiera sobre la superficie de la tierra y la dejarían limpia, y se burlaron de la necedad

del astrónomo que suponía que los hombres irían cabeza abajo; pero la balanza está en manos de Minerva: en un platillo están los nuevos hechos y en el otro las ideas antiguas, y la historia se halla allí con la pluma para consignar con imparcialidad lo que ve.

La ciencia de los órganos está basada meramente en hechos; aun cuando la despojemos de todas sus reglas y máximas, los hechos quedarán siempre. El volúmen del cerebro no será lo que dé la medida de su fuerza, la forma del cerebro no se conocerá por la configuración de la cabeza, y el cerebro no será el órgano del entendimiento; pero vemos en millares de casos y sin una sola escepcion, que cuando la parte de la cabeza, llamada

la coronilla, está muy levantada ó muy deprimida, la persona que presenta este ejemplo, tiene un aprecio de sí mismo muy desarrollado ó muy insignificante, y lo mismo sucede respecto de los demás órganos; si echamos al aire diez veces seguidas una moneda y la vemos caer las diez veces del mismo lado, lo encontraremos extraño, pero si lo repetimos mil veces y siempre cae del mismo modo, en ese caso buscaremos con ardor la esplicacion de este hecho; lo mismo sucede respecto de la ciencia de los órganos; busquemos, pues, su esplicacion cualquiera que sea, y tal vez lleguemos á resultados análogos á los que han obtenido los grandes naturalistas de Inglaterra y de Alemania.



ENTIERRO DE SAN LORENZO.—CUADRO DE DON ALEJO VERA.

ESPOSICION GENERAL DE PERROS

EN FRANCIA.

No se crea que las bellas artes, la industria y el comercio, son únicos en tener sus exposiciones parciales ó generales á donde acuden las notabilidades y los viajeros de todos los países para fomentar, admirar y hacer valer sus mejores productos. También los ganados caballar y mular, vacuno y de cerda, han tenido exposiciones, y hoy se anuncia en Francia una *exposición general de perros*: á que acudirán los emperadores, los reyes, embajadores, ministros, la nobleza toda y acaso los hombres científicos de las mas sabias naciones. Con anticipacion se habrán reunido los perros mas bonitos, mas elegantes, mas grandes y mas pequeños, mas feos y extravagantes de Francia, España, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia, Turquía, etc., y habrá perros que hablarán en castellano, en ruso, en italiano, en inglés, en alemán; en todos los idiomas y dialectos conocidos, y en ellos saludarán probablemente á sus distinguidos visitantes. Para local de esta grande y maravillosa exposicion se ha escogido el Jardin Zooló-

gico de aclimatacion del bosque de Boloña en París, y para que se vea la importancia que se da á estos concursos en el extranjero, considerándolos como medios de mejorar las razas y obtener utilidades en servicio de los hombres, daremos á conocer las bases de la *exposición general de perros*, y el reglamento impreso en París y repartido con profusion en las cinco partes del mundo, para que numerosos convoyes de perros célebres se pongan en marcha con sus equipajes y pasaportes y lleguen á su destino en el actual mes de abril. El valor de los premios y recompensas á que los perros (es decir, sus dueños), tendrán opcion, se publicarán mas adelante, y como estas serán muy pingües, es probable que en el próximo verano no deplorarán los periódicos ningun caso de hidrofobia, porque la raza perruna de todos los países se habrá trasladado en masa á las frescas orillas del Sena.

Seis son las *categorías* en que se considerarán los perros en la exposicion general que nos ocupa. La *primera categoría* comprende los perros útiles, á saber: perros de pastor franceses y extranjeros, y perros de guarda para la defensa del hombre y conduccion de ganados, invitándose para figurar en esta ilustre clase á

los perros de los Pirineos, de San Bernardo, de Leonberg y de los Abruzzos, y á los mastines franceses, españoles, escoceses, bretones, de Méjico, de Santo Domingo y de Terranova. Estos irán embarcados hasta los puertos de Francia con el respeto debido á su categoría, y luego por medio de los ferro-carriles serán conducidos con iguales precauciones á París. En la misma categoría entran los perros de presa, de Burdeos, ingleses de cara negra, españoles, cubanos, amarillos, blancos, blancos y negros, negros y encarnados, rusos, scotchs, highlands, dandys-diamonds, skyes, americanos del Sur, daneses grandes, de la Balmacia, arlequines, etc.

La *segunda categoría* comprende los perros corredores de Saintonge, Poitou, vendeanos, bretones, normandos, de Tolosa, Burdeos, Artois, Bresse, de Saint-Hubert, de Morvan, Gascuña, España, Alemania, Suiza, Otterhund, Kerry-Beagle, Polonia, Iliria, Hungría, Baden, y con especialidad los de Búrgos, Palencia, etc.

La *tercera categoría* estará formada por los perros de caza de espera, mallorquines peninsulares, ingleses, franceses, alemanes y extranjeros de varios colores, con mezcla de sangre perruna española. Y además los

perros austriacos, rusos, de Norfolk, Gales, Devonshire, españoles de aguas con orejas largas, y Water Spaniel.

La *cuarta categoría* contendrá los lebreles mallorquines y castellanos, los lebreles kurdos, circasianos, tártaros, rusos, sirios, persas, griegos y atigrados de la América del Sur.

La *categoría quinta* recibirá en sus vastos salones á los perros de lujo, entre los que figurarán los perros de Siria y de Turquía, del Perú, de Malta, de Austria y de las Baleares, con especialidad los perros de Alicante, los carlinos, los perros-leones, los japoneses y chinos de patas cortas, los de España, Islandia, Laponia, Alsacia y Pomerania.

Por último, en la *categoría sexta* entrarán todos los perros exóticos, á saber: los perros útiles al hombre en diferentes países lejanos, los esquimales, siberianos, tártaros, kamschadalos, groenlandeses, canadenses, kanguros, kabilas, y de los bazares de Oriente;—los perros que sirven de alimento al hombre, como los perros chinos buenos para comer, los perros comestibles de la Polinesia y de la América del Norte;—los perros no sometidos al hombre, como los de las Indias orientales de Nueva-Holanda ó Dingo, del Himalaya ó Wahh, de la India ó Quao;—los perros que han sabido reconquistar su libertad, á saber: los de la Nueva-Caledonia, Sumatra, Santo Domingo y cabo de Buena-Esperanza.

Véase ahora el *Reglamento* para la Esposición universal de perros que se celebrará en el Jardín Zoológico de aclimatación del bosque de Boulogne:

REGLAMENTO.

Artículo 1.º La Esposición se abrirá al público el domingo 3 de mayo de 1863, á las nueve de la mañana hasta el domingo 10 de mayo, á las seis de la tarde.—Comprenderá los perros presentados de todas las partes del mundo, que de antemano hayan sido admitidos por una comisión nombrada al efecto por el consejo de administración de la sociedad.

Art. 2.º Los espositores deberán poner en conocimiento del director del Jardín de aclimatación el número, sexo, raza y edad de los animales que se proponen enviar. Deben enviarse francos de porte al Jardín con este sobre: *Al señor director del Jardín de aclimatación del bosque de Boulogne, en París.* Los que no vayan

acompañados deben ir en cajas ó cestas, de modo que su viaje de ida y vuelta pueda hacerse sin peligro. Después del 30 de abril no se admitirá ya ninguno, y terminada la Esposición se conceden cinco días para retirarlos, pasado cuyo término serán vendidos, si bien guardando su importe á disposición de sus dueños.

Art. 3.º La alimentación estará á cargo de los dueños, ó de lo contrario, pagarán estos 50 céntimos por día.

Art. 4.º Los perros estarán espuestos aisladamente, en cercados á propósito, con verjas ó enrejados, según las clases, y con tiendas para librarse del sol ó guarecerse.

Art. 5.º Para facilitar la venta á los espositores, la dirección publicará catálogos con los precios que exijan los vendedores.

Art. 6.º Cada esponente ó su representante tendrá un billete personal de entrada.



ENRIQUETA POSTOWOJTOFF.

Art. 7.º Se concederán premios en dinero y medallas de oro, de plata y de bronce, y objetos artísticos, como recompensa, distribuidos por un jurado nombrado al efecto.

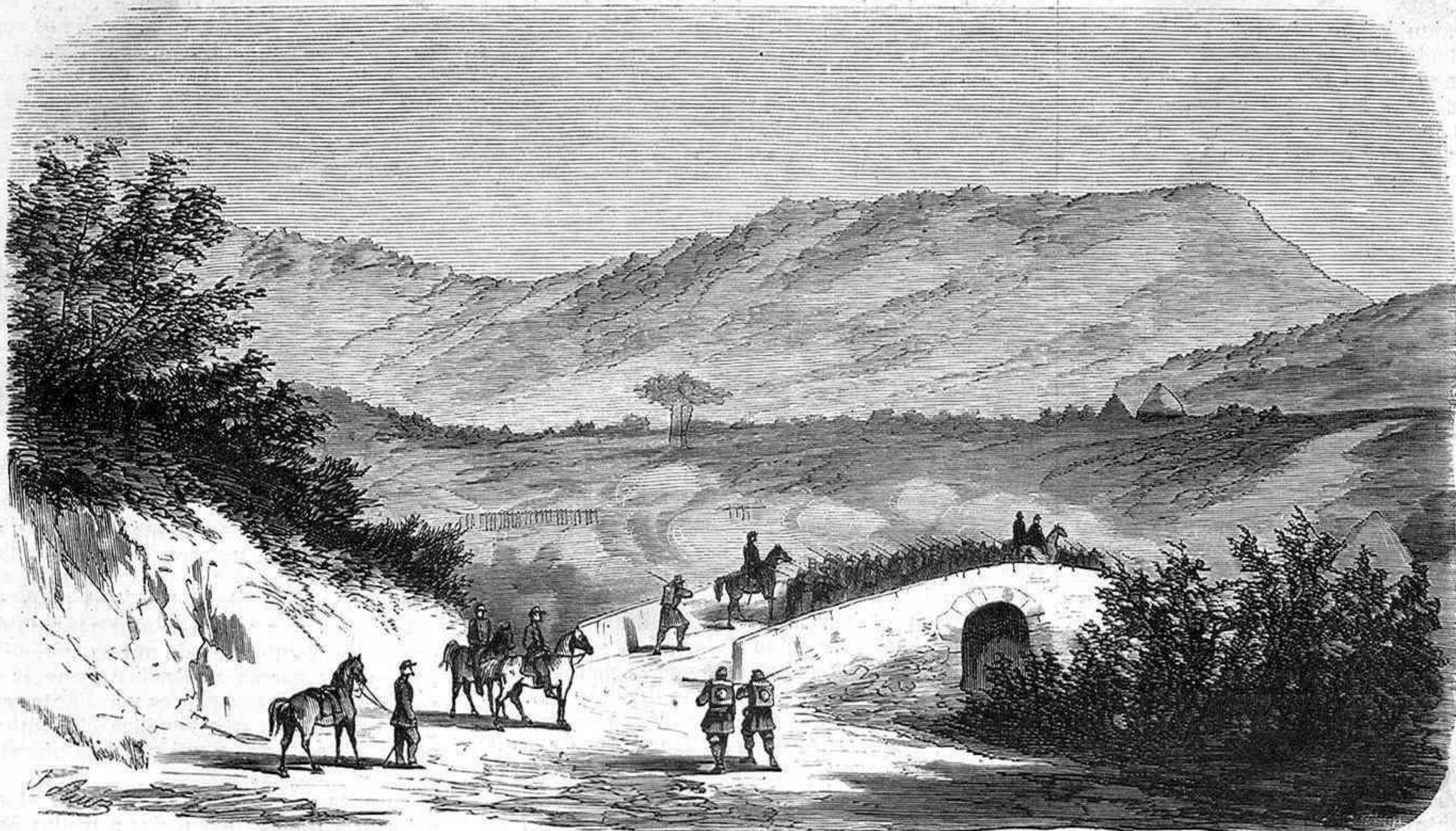
Art. 8.º La organización y vigilancia de la Esposición quedan á cargo del director del Jardín de aclimatación. J.

ENRIQUETA POSTOWOJTOFF.

Y EL GENERAL JEZIORANSKI.

Muchos de los personajes que han representado un papel importante en la revolución de Polonia, apenas eran conocidos de la generalidad antes de este acontecimiento. Algunos se habían distinguido ventajosamente en la guerra de Crimea ó en las campañas de Italia, pero la mayor parte de ellos no tenían aun formada su reputación; los hay también que han llevado una vida oscura y tranquila, y que se hallaban tal vez muy lejos de figurarse el puesto que los preparaba la suerte; pero los sucesos de Varsovia fueron á despertar el sentimiento patriótico de todos ellos y á probar una vez más, que como dice su canto nacional «La Polonia vive aun,» porque es imposible que perezca un pueblo que en medio de tan larga opresión conserva tan vivo el sentimiento de su independencia nacional. La historia de esta revolución tiene rasgos brillantes y hechos que creeríamos exagerados á no haber pasado, por decirlo así, á vista nuestra. Las mujeres en muchos puntos han mostrado un heroísmo que no parecía propio de su sexo, y han hecho frente á los mayores peligros. La revolución actual puede jactarse también de tener una heroína, la señorita Henriqueta Postowojtoff. Nacida en Wierzchowisko, en el gobierno de Lublin, vivió con su madre en su hacienda de Turowice, hasta que hace dos años, y no teniendo entonces más que 16, fue sacada de su casa y conducida á una cárcel de Jitomir por sus demostraciones hostiles al gobierno ruso. Después de haber estado presa diez meses, logró escaparse y llegar á Bukharest; pero al estallar la revolución salió de allí para compartir los peligros con sus compatriotas. El 22 de enero de este año se encontró en Sydlowice al lado de Langiewicz, y desde entonces no se ha separado de él. Un testigo ocular que la vió en Cracovia con el traje militar nacional, dice que sentaba muy bien á su esbelta figura. Su cabello negro y cortado caía en rizos voluptuosos á ambos lados de su gra-

trado un heroísmo que no parecía propio de su sexo, y han hecho frente á los mayores peligros. La revolución actual puede jactarse también de tener una heroína, la señorita Henriqueta Postowojtoff. Nacida en Wierzchowisko, en el gobierno de Lublin, vivió con su madre en su hacienda de Turowice, hasta que hace dos años, y no teniendo entonces más que 16, fue sacada de su casa y conducida á una cárcel de Jitomir por sus demostraciones hostiles al gobierno ruso. Después de haber estado presa diez meses, logró escaparse y llegar á Bukharest; pero al estallar la revolución salió de allí para compartir los peligros con sus compatriotas. El 22 de enero de este año se encontró en Sydlowice al lado de Langiewicz, y desde entonces no se ha separado de él. Un testigo ocular que la vió en Cracovia con el traje militar nacional, dice que sentaba muy bien á su esbelta figura. Su cabello negro y cortado caía en rizos voluptuosos á ambos lados de su gra-



MEJICO.—VISTA DE CAROLINA A ORIZABA.

cioso rostro. Esta señorita ha sido el ayudante de Langiewicz, y muchas veces se ha hallado en medio de los encuentros que los polacos han tenido con los rusos; aun despues de su entrada en el territorio austriaco no se la separó del ex-dictador. Enriqueta es hija del general ruso Teófilo Postowojoff, que murió hará unos cinco años, pero desde su niñez ha tenido un amor infinito á su patria. Su madre era polaca y su abuelo materno fue el coronel Mariano Kassakowski.

Del general Jezioranski nada mas podemos decir á nuestros lectores, sino que uno de los primeros actos de Langiewicz, como dictador, fue nombrarle general, y que se ha distinguido en todo este tiempo por su valor heróico. Los dos retratos que damos en este número, están sacados de otras dos fotografías.

¡POLONIA!!!

Dios castiga á su pueblo, no le mata:
Dios con desdicha su constancia prueba;
Dios por a senda del dolor le lleva,
Y en él sus iras vengador desata:
Mas no olvida su fe: no le abandona:
Con fuerte égida su dolor protege,
Y en su divina voluntad le teje
Tras del martirio la triunfal corona.
MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

I.

A orillas del caudaloso Vistula mora un pueblo de bravos, que despues de 90 años de la mas despiadada opresion, se levanta de su sepulcro, y rompe las cadenas para sacudir el sudario de la esclavitud que le oprime.

Este pueblo, rodeado de tres poderosos imperios, al tiempo que servia de dique al torrente de la Rusia, salvaba á la Europa en Viena con el sable de Sobieski de la tiranía mahometana, siendo el antemural de la ambicion de los bárbaros del Septentrion y del Oriente.

Los polacos valientes en la pelea como sublimes en su caída, dieron siempre testimonio á las naciones del poder de su brazo, y de la fiera constancia en romper las cadenas que en mal hora les impusiera el egoismo y la ambicion de tres soberanos confinantes. Pero vueltos por tercera vez al combate con la fe de sus abuelos, verán las atónitas naciones abatidas las banderas de la opresion, y destrozados los poderosos ejércitos de rusos y de prusianos.

Saludemos á los polacos, saludemos á nuestros hermanos.

II.

Despues de haber sido la Polonia una de las principales naciones de Europa, libre, independiente, y de haber pasado por una sucesion de sesenta soberanos, la Prusia, el Austria y la Rusia, llenas de ambicion, trataron de arrancar un pedazo de su manto, echando mano de asquerosas intrigas, de iniquidades y violencias. Temerosas cada una de por sí de que las otras se apoderasen de todo, firmaron en 5 de agosto de 1772 aquel convenio de San Petersburgo, aquella horrible reparticion, aquel crimen espantoso, eterno baldon de ignominia de Catalina, de Federico II y de María Teresa.

Esta espantosa iniquidad, que borraba el derecho de gentes y que planteaba el de la fuerza, hizo que la Polonia se envolviese en su mortaja y aguardase mejores tiempos para resucitar á la libertad y á la gloria. De entonces sus hijos, errantes por la tierra, han empleado su valor y su sangre en causas que no eran las suyas, y sus huesos yacen esparcidos por todos los ámbitos del mundo.

Las demás naciones europeas, en su egoista ingratitud, vieron cruzadas de brazos y mudas espectadoras, tan horrorosa iniquidad, y no tuvieron una lanza, ni un suspiro para la desgraciada nacion que debieran favorecer. Voltaire, D'Alembert y demás filósofos de la época, que la necia humanidad califica de grandes, sabios y liberales, despues de haber contribuido á la caída de los polacos con las armas del ridículo y de la vileza, aplaudieron aquella horrible iniquidad, y dieron el parabien á sus implacables autores con el sarcasmo mas inaudito, con el cinismo mas degradante. Solo España, la hidalga nacion de la independencia, vió con indignacion aquel inaudito reparto, y su rey Carlos III protestó con enérgica palabra, ya que no le era posible con las armas, contra un convenio tan vergonzoso, contra una infamia indigna de soberanos cristianos y caballeros. Despues de 22 años, el viento de la revolucion francesa hizo flotar el estandarte de la independencia, y los polacos se levantan degollando á los rusos en Varsovia y en otros puntos del pais, y puesto el intrépido Kosciusko al frente de la insurreccion, marcha en busca de los opresores haciendo prodigios de valor. Pero hallándose dividida la nacion en ideas políticas y por intrigas extranjeras, y no pudiendo detener el torrente de poderosos ejércitos enemigos, fue derrotado el suyo y puesto en fuga cayendo prisionero su valiente caudillo exclamando «Finis Poloniae» como pudiera decir un romano.

Pasados 40 años del sangriento reparto entre las cadenas y el cadalso, y 48 de la derrota de Kosciusko, un tirano emperador, aprovechando el valor de estos valientes, les ofrece con engaños la independencia que pudo muy bien darles, y 6,000 polacos se unen á los ejércitos de Napoleon para la expedicion de Rusia. ¡Allí murieron los héroes!... Allí fueron perdidas las esperanzas de recobrar la tan suspirada independencia.

Despues de 48 años de estos acontecimientos, y 58 de la sangrienta reparticion, aun se mueven estos obreros de la independencia, y resuenan por toda la Polonia el clarín llamando á todos los habitantes á la guerra, á la independencia, á la victoria, á la gloria.

Aquí se vieron en parte los esfuerzos de la independencia española de 1808. Los hombres marchan á la pelea, las mujeres animan á los combatientes, y los frailes arrojan contra los opresores al pueblo y los fuertes campesinos. Los ricos abandonan sus riquezas para empuñar la espada, y los oficiales renuncian á sus pagas. Los propietarios reparten sus tierras á los colonos con tal que tomen las armas. Las campanas se convierten en cañones que vomitan la metralla y la muerte, y con el oro y la plata de las iglesias se funde la moneda. Los nobles pegan fuego á sus castillos para que no sirvan de estorbo cuando llegue el momento de la defensa de Varsovia. El entusiasmo se apodera de todos, y marchan impávidos al encuentro de los rusos y de los cosacos. Pero tanto esfuerzo y valor es inútil contra un rio de hierro, y una nube de langostas, siendo destrozados los polacos, y tomada por asalto su capital por el inexorable Pasckiewiz, el cual escribió con sangre aquel lacónico y terrible parte de «El orden reina en Varsovia.»

Aquí vuelven otra vez los valientes á la esclavitud y al sueño de la muerte... El grito lanzado en 1830 es ahogado en mal hora como todos los anteriores.

III.

Pero ¿ha muerto en los polacos el deseo de recobrar su independencia?... ¿Han caido en 1830 para no levantarse jamás?... No, que ya oigo el estampido del cañon y el grito de guerra con que responden los campesinos al ¡hurra!... de los cosacos... Valientes polacos, tomad la lanza, montad á caballo, agrupaos en derredor de la sagrada enseña de «Por la libertad de Polonia y por la vuestra,» y manteneos firmes en la silla para que no os haga rodar el huracan de la tiranía. Sed constantes como mis padres, no deis oídos á intrigas asquerosas, y uníos como hermanos para la libertad de vuestra madre la desconsolada y oprimida Polonia. No desmayeis en tan justa contienda, y no os espante el crugir del cañon ruso ni los aullidos de los salvajes del Asia: un polaco vale diez rusos, cien cosacos y mil tártaros... Y tú, intrépido Langiewicz, valiente caudillo de la independencia, conduce á tu pueblo al combate y á la victoria, y tendrás la gloria imperecedera de ser el salvador de tu patria...

Vicario de Jesucristo, bendice á los mártires de Polonia y deten con tus poderosos rayos la furia de sus perseguidores... Sacerdotes del Evangelio, prosternaos ante el Eterno y dirigidle vuestras cristianas plegarias para que mire con ojos de piedad á esos pobres católicos atormentados por tantos años, por los intolerables cismáticos...

¡Basta ya! poderoso czar de las Rusias, deja de oprimir á esos pobres polacos, y podrás hacer de enemigos que son hoy los mas fieles aliados mañana. ¿Por qué en vez de ensangrentar á ese generoso y desgraciado pais, no empleas el inmenso poder que Dios ha puesto en tus manos para hacer huir el asqueroso estandarte de Mahoma desplegado al viento por los bárbaros acampados en Europa?... ¿Por qué no lanzas á los turcos á los desiertos de la Tartaria de donde nunca debieron salir?... ¿Por qué consentes que en lugar de la cruz del Redentor flote en las torres de Santa Sofia la ensangrentada media-luna, símbolo de barbarie y de esclavitud?... ¿Por qué no redimes á la noble ciudad de Constantino?... ¿Por qué no resucitas el imperio griego?... Esto seria cumplir con Dios, con la justicia y con la civilizacion, y no remachando las cadenas de un pueblo cristiano y civilizado...

¡Atrás! rey de Prusia, refrena tu brido, deten el paso de esos 80,000 guerreros, que al lanzarlos á las campañas de Polonia conviertes en verdugos, y asi evitarás ver segadas sus gargantas por las hoces de los implacables campesinos y deshonrado tu pueblo. No aprisiones y entregues á los rusos los dispersos de las batallas que buscan un asilo en tus fronteras, porque faltas á los tratados, y las leyes de la humanidad ordenan se proteja y ampare á los desgraciados que emprenden el triste camino de la emigracion.

Hijos de Albion, ¿qué os detiene?... poned en movimiento vuestras guineas y astuta diplomacia... Cortad los cables, arrojaos sobre las olas, dad caza á los opresores, empuñad el hacha y lanzaos sobre los buques enemigos con el furor de la pantera al despiadado grito de «Al abordaje.» Apagad los fuegos de Kronstadt y desembarcad intrépidos guerreros en las playas del Báltico y del Mar Negro.

Pueblo francés, pueblo generoso que marchas á la cabeza de la civilizacion y del progreso, no consentas ver

otra vez entrar en su sepulcro á los que debes proteger para que gocen de la independencia por la que tanto han peleado, y por la que ahora se lanzan impávidos al campo de batalla... Poned en marcha vuestros bravos batallones, *id, ved y vened*, y despues de redimir á los polacos y garantir su independencia, volved á vuestra dichosa patria con el ignominioso tratado de la reparticion en la punta de las bayonetas para clavarle en las puertas de Nuestra Señora.

Austriacos, vosotros los menos crueles de los opresores, sed generosos con los polacos... Y tú, jóven emperador Francisco, considera que te conviene ese dique contra el torrente de la ambicion de los czares y el desbordamiento del Asia. Y no olvides jamás, que el ambicioso heredero de Federico te disputa el derecho de jefe de los alemanes...

Pueblos libres y generosos, no abandoneis en la lucha á los valientes, ayudad á los que pelean por la independencia, y arrancad la presa de las garras de la opresion á la ensangrentada Polonia... ¿No os mueven á piedad 90 años de tormento y desconsolada agonía?...

Valientes polacos, mi pobre corazon os saluda. Yo, el mas humilde de los españoles me glorío en dirigiros mi voz desde mi libre patria... Yo os acompaño en el sentimiento de vuestras desgracias y en la alegría de vuestras victorias... Yo participo de vuestro entusiasmo y mi aliento de independencia se mezcla con el vuestro... Que la Virgen que habeis tomado por protectora os conceda la victoria, como lo hizo con mis padres en su gloriosa guerra de la Independencia, y que pronto podamos decir: ¡Polonia es libre! ¡Viva Polonia!...

Salud, y combatid.

MANUEL MARIA GUILLEN.

LA GOTA DE AGUA.

(IMITACION DEL POETA PERSA SADI).

Desprendida de las nubes
á impulso de la tormenta,
una pobre gota de agua
cayó al mar sin compañera.
—¡Cuánta agua! dijo, ocultando
su rubor y su vergüenza;
y la recogió una concha
compadeciéndose de ella.
Poco despues convirtióse
en una brillante perla,
y hoy de una hermosa sultana
adorna la frente régia:
—¡Fortuna que consiguió
tan solo por ser modesta!

LUIS RIVERA.

ENTIERRO DE SAN LORENZO.

CUADRO DE DON ALEJO VERA.

En el grabado adjunto ofrecemos á nuestros lectores otro de los cuadros que mas llamaron la atencion de la última Exposicion de Bellas Artes; el entierro de San Lorenzo, por el señor Vera. De él nos ocupamos en los últimos números de EL MUSEO UNIVERSAL del año próximo pasado, conceptuándolo como uno de los mejores, y señalando las bellezas de su ejecucion material y de la inspiracion del artista. Solo la figura de San Lorenzo bastó para acreditar el cuadro de bueno. Segun dijimos, la composicion consta de seis figuras comprendidas en un fondo monumental. El cuerpo del Santo diácono yace estendido en el centro del cuadro, vestido de la blanca túnica de mártir y envuelto en el sudario mortuario. A su cabecera el cristiano Hipólito le contempla levantando un estremo de la envoltura y dejando al descubierto la cabeza y manos del Santo. Dos mujeres, la viuda Cirjaca y Flavia, se ven á uno y otro lado del cadáver, arrodillada una, y la otra con una lámpara en la mano. Completa la composicion un sacerdote en actitud de bendecir, acompañado de un niño que le presenta un libro.

A la orilla del mar, del mar desierto y nocturno, hay un jóven, con el corazon lleno de duda; con acento triste, dice á las olas:

—«¡Oh! esplicadme el enigma de la vida, el doloroso y viejo enigma que ha atormentado á tantas cabezas, cabezas cubiertas de mitras geroglíficas, de turbantes y de gorros cuadrados, cabezas adornadas de pelucas, y otras mil pobres y ardientes cabezas humanas. Decidme lo que significa el hombre, de dónde viene, á dónde va, y quién habita allá arriba sobre las estrellas doradas!»

Las olas murmuran su murmullo eterno, el viento sopla, las nubes huyen, las estrellas brillan, frias é indiferentes,—y un loco está esperando una respuesta.

ENRIQUE HEINE.

Hoy que tanto llama la atención la guerra de los Estados-Unidos, se leerá con gusto la distancia en millas que hay á cada una de las capitales de los Estados confederados y neutrales desde Washington: Montgomery (Alabama) 833.—Little-Rock (Arkansas) 1,068.—Tallahassee (Florida) 896.—Milledgeville (Georgia) 642.—New-Orleans (Luisiana) 1,203.—Jackson (Mississippi) 1,033.—Raleigh (Carolina del Norte) 286.—Columbia (Carolina del Sur) 300.—Nashville (Tennessee) 714.—Austin (Texas).—Richmond (Virginia) 122.—Frankfort (Kentucky) 551.—Annapolis (Maryland) 37.—Jefferson (Missouri) 980.

Véase la población de los Estados-Unidos al comenzar la guerra que aflige hoy aquellos importantes territorios. Los 19 Estados federales tienen 18.944,173 habitantes, de los cuales 18.942,368 son libres, y los 1,803 esclavos. Los 11 Estados confederados tienen 9.243,279 habitantes, de los cuales son libres 5.672,222, y esclavos 3.571,057. Los 3 Estados neutrales tienen 2.663,480 libres y 426,903 esclavos: total 3.092,383 habitantes.

Los accidentes y muertes ocurridas en los distritos carboníferos de Inglaterra, Gales y Escocia en el año último, han sido: por explosiones de gas y de pólvora, asfixia por gases, hundimientos de carbon y de roca en las galerías, 483.—En los pozos, por hundimientos, roturas de cables y cadenas, al subir y bajar, caídas en los pozos desde la superficie, caída de objetos desde la misma, accidentes varios, 164.—Irrupciones del agua, caídas en el agua, en las rampas, por los tram-ways, por la maquinaria, 747.—En la superficie por la maquinaria, por calderas reventadas, etc., 53.—Total de accidentes: 802.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

AL FREIR, SERÁ EL REIR.

(CONTINUACION.)

Las tres Marías oyeron en silencio á su primo contar riéndose lo del aderezo. Dolores, sin embargo, no pudo menos de sentir una satisfacción profunda, viéndose objeto de la envidia de una de las mujeres mas hermosas de Madrid. «¿Por qué—pensaba ella—cuando Julian la enseñó el aderezo, le preguntó si era para mí, si se casaba conmigo? ¿Amará Isabel á Julian? Si no le ama ¿cómo admite el aderezo, ni aun despues de las explicaciones de mi primo? Y aun amándole ¿tendría nunca disculpa, sobre todo en una mujer casada, semejante proceder?» Misterios eran estos que Dolores no acertaba á explicarse, pero que picaban extraordinariamente su curiosidad.

—Ahora—dijo don Julian, despues de referir, sin faltarle punto ni coma, su conversacion con Isabel—ahora no vayais á comprometerme, contándolo á todo el mundo.

No deseaba él otra cosa.

—Mira, primo,—esclamó María de la Paz, la menor de todas—esa bola es demasiado grande, y no cabe en esta habitacion.

—¿Que nunca hables con formalidad! dijo María del Rosario.

—Lo que acabais de oír es el evangelio; no comprendo por qué os admira. ¿Qué tiene de particular lo que he hecho?

—¡Oh! nada; esclamaron sucesivamente las tres Marías.

—A esa mujer—observó Dolores, recargando la pronunciación en la última palabra—debe faltarle algun sentido.

—¿Por qué?

—Porque si estuviera en su sano juicio, no sé cómo debería calificarse su conducta... ¡Ah! ¡ya caigo!—continuó, despues de una pausa;—¡ya caigo! ¿Cómo ha de comprender la significacion de ciertas cosas una costurera!?

—¡Prima!

—Sí, primo; no te hagas el cándido: la de Lozano, antes de casarse, era oficiala de modista. ¡Vaya! ¡y que, segun dicen, era una oficiala muy primorosa!

—Y bien; ¿y qué? esclamó el primo.

—¿Y qué?—repuso Dolores.—Que por mucho que sea su despejo, y cuidado que no es poco, y por mucho que haya querido olvidar ciertos hábitos, todavía le quedan resabios de su falta de educacion esmerada.

—Convenidos, Lola; pero tú misma la defiendes, puesto que implícitamente atribuyes á ignorancia lo que no puede atribuirse á malicia. Isabel es una señora sencilla, franca, inocente, apacible...

—¡Pues ya se vé que sí!—contestó Dolores.—Tú tambien eres un señor apacible, inocente, franco, sencillo... tal para cual.

Dolores principiaba á picarse: habia pensado alguna vez en su primo; tenía cariño, y como, por otra parte, en la casa de las tres Marías faltaba un hombre que velase con verdadero celo por sus intereses, el enlace de su primo con ella hubiera sido á todas luces conveniente para las huérfanas. Lo que acababa de saber le

producía malísimo efecto; y acaso por la primera vez de su vida (pues era, como sus dos hermanas, de buena índole), cruzó por su mente una idea rencorosa. Seguro estaba su primo de no haber dado el golpe en vago: acababa de iniciar á una celosa en el secreto de su rival; esto es, acababa de poner en sus manos la piqueta para derribar el edificio de la honra de una esposa, ligera sí, pero no culpable todavía, si bien el tono y las reticencias del primo al hablar de ella, daban motivo á sospechas y poco favorables suposiciones.

V.

Cuando Lozano supo lo del aderezo, pasó uno de los peores ratos de su vida, no pudiendo menos de protestar (sin embargo de su ciega sumision á las disposiciones de Isabel) contra la ligereza cometida por ésta. Hubo, pues, unos momentos de regaño, de los cuales no solo salió ileso, sino mas afirmada, si cabe, la autoridad femenina, que habia resistido á la invasion del otro cónyuge con las armas, para él irresistibles, de sus atractivos, de sus melindres, y de su llanto, verdadero ó fingido, que de esto nada dice la historia. Quiso Lozano pagar inmediatamente los 50,000 reales á que ascendía el capricho de su mujer: esta cantidad era una deuda que pesaba mas sobre su honra que sobre su bolsillo, aunque no pesaba poco sobre este, y era preciso, por tanto, salir de ella cuanto antes. Solo una dificultad habia para cumplir tan noble propósito; la ausencia de don Julian, quien, deliberadamente, salió de Madrid á una partida de caza, de la que no regresaría, lo menos, en una semana. Esta especie de olvido de intereses no despreciables, considerábala Isabel como el colmo de la generosidad y de la galantería. Lozano, por el contrario, solo halló en semejante conducta vehementes motivos para sospechar acerca de las intenciones del belsista. Si no comunicó sus sospechas á Isabel, fue porque no teniendo en realidad mas fundamento para él que su mucha suspicacia, pudiera su mujer darse por ofendida, y convertir la casa en un infierno.

Llegó, por fin, la noche del famoso concierto. Los salones del capitalista andaluz Jarreño, estaban tan iluminados, como el escenario de un teatro con las decoraciones de gloria, en las comedias de magia. Dentro de un salon de provincia cabe perfectamente—valiéndonos de una frase vulgarísima—á bailar una casa; pero los salones de Madrid, esos célebres salones, en cuya alabanza se han apurado muchas veces hipérbolos casi ultra-épicas, son, en su mayor parte—y vaya de frases vulgares—como el puño.—Hay muchas casas con salas espaciosas, donde pueden correr caballos, para saraos y conciertos; en particular, casas y palacios antiguos, pertenecientes á la aristocracia; pero en Madrid, cuando llega el invierno, sus habitantes se refugian en cafés, teatros y casinos, hasta horas altas de la noche. Tertulias de menos importancia, aunque de pretensiones colosales, sino faltan en Madrid, tampoco sobran, como en los tiempos en que la vida pública apenas era conocida, en que cada cual se metía en su concha como el galápago, rodeándose, cuando mas, de media docena de personas íntimas, entre parientes y amigos, para entretener la velada con aquellos amenísimos juegos de que ya casi ni memoria se conserva, como el de *apurar una letra*, la *peregula* y la *oca*. Los salones de Jarreño no eran mas que uno regular; pero la costumbre de leer esa palabra en las reseñas periódicas hace que, insensiblemente, se la pluralice. Las restantes dependencias del cuarto consistían en un despacho, dos gabinetes desahogados, varias alcobas, un recibimiento, un gran comedor y una cocina. Aunque la sala, segun hemos dicho, era regular, sus dimensiones aparecian mas pequeñas con la aglomeración superflua de muebles. Conocióse á una simple ojeada, entrando en ella, que el dueño era hombre acaudalado, pues la llenaban innumerables objetos de no poco valor; pero en esta misma profusion ostentosa y abigarrada revelábase ese mal gusto especial de los ricos afortunados, de esos hombres que, de la noche á la mañana, por un capricho singular de la suerte, ó por otras causas desconocidas, se elevan, aunque se eleven arrastrándose como los sapos que salen del lodo; y que, aturdidos de verse tan altos, sienten vértigos que les marean y les impiden distinguir á los que por la llanura caminan. Jarreño debía su riqueza á dos billetes premiados, en poco tiempo, con 80.000 duros; siendo en lo tocante á lo demás, persona digna por todos conceptos, salvo su pérfido gusto para decorar habitaciones.

Él y su señora hacían *los honores de la casa*, de una manera bastante zurda, por cierto; pero que debió parecer inmejorable á Puentecillas, redactor (para descrédito de la prensa decente), de un periódico, pues en el número primero, despues del concierto, dijo que los dueños habian hecho los tales honores con tacto, delicadeza, finura y amabilidad asombrosas. Puentecillas, pasaba entre las notabilidades de su partido por un joven de esperanzas terribles en política y en literatura, aunque en el fondo era un cero á la izquierda, un pelele; pero muchas de las notabilidades políticas de España tienen la desgracia de ser miopes: lo cierto es que, sin embargo de que hasta

entonces los grandes trabajos de Puentecillas, consistían en unas cuantas docenas de articulejos escritos para incensar mastuerzos y presentarlos á la pública espectacion como otros tantos estadistas, hechos y derechos, habiasele indicado ya para un alto puesto en la administracion. Susurrábase que le protegía un personaje de la milicia; pero esta proteccion era justa recompensa de los inauditos esfuerzos de gimnasia periodística, hechos por el pelele en favor de aquel, pintándole como el hombre universal y necesario. Puentecillas aseguraba cuotidianamente, en letras de molde, que su protector servía para todo, siendo tan bueno para un barrido como para un fregado. Su pasion y ceguedad le conducían á extremos tales que, en cierta ocasion, sin reparar en lo que hacia, le indicó para arcediano de una catedral, y en otra para catedrático de clínica médica. La prensa unánime celebró extraordinariamente lo chusco de la salida, y á su Mecenas mismo le sentó como si le hubiese puesto un par de banderillas: echólo él á broma, y contestó que *aliquando bonus dormitat Homerus*, delante de varias personas, quienes, refiriéndolo despues á otras, fueron causa de que, al poco tiempo, se conociese á Puentecillas con el nombre de *Aliquando dormitat*.

Allí estaba N... molusco gubernamental, harto de decir en las córtes, siendo ministro, que deseaba volver cuanto antes al seno de la vida privada; que hacia un sacrificio incomparable en seguir en su puesto; que la poltrona era un *lecho de espinas*, con toda la demás fraseología de gabinete; pero la verdad es que se habia agarrado á la cartera como la ostra se agarra á la peña, siendo necesarios Dios y ayuda para arrancarle de ella. Como el infeliz habia estado sobre un lecho de espinas, fue una obra de caridad el hacer que cayese en blando; una embajada recibió su cuerpo, y una buena cesantía acabó luego de suavizar como un bálsamo las heridas del mártir. Durante su existencia ministerial hubo quien aseguró de él formalmente, sin reventar de risa, que era uno de esos genios que aparecen rara vez en el trascurso de los siglos; pero hete aquí que cae, sepúltanle, sin ceremonia, en la fosa comun donde tantas nulidades políticas yacen, y esta es la hora en que si alguien se acuerda de él (como no tenga algun Puentecillas amigo) es para pedir al cielo que de semejante calamidad nos libre.

Allí estaba el joven Mendisarrri, tipo acabado de los que nacen de pie. Era el sétimo vástago del insigne Mendisarrri, cuya prole toda formaba una familia por el estilo de la de Dario, diseminada en varias dependencias del Estado. En una revista satírica, se dijo lo siguiente, con motivo de la colocacion del sétimo vástago: «El Mendisarrri es un mamífero presupuestivo, que vive con especialidad en los países regidos constitucionalmente. Por su aspecto exterior y su inteligencia, puede clasificarse entre los gansos: su pre-maturidad voracidad es incomparable; baste decir que, apenas sale del cascaron, se lanza, furioso como un demonio, al presupuesto (en cuya mesa halla preparados sabrosos manjares), y le pega cada picotazo que canta el misterio. La bestiecilla de que se trata, muere al pie del presupuesto, como el buen artillero al pie del cañon. Se dará una onza á quien resuelva satisfactoriamente este problema: ¿El presupuesto se ha hecho para el Mendisarrri, ó el Mendisarrri se ha hecho para el presupuesto?»

¿Cómo habia de faltar al concierto el pacífico, el inofensivo Manso, cuñado presunto de Jarreño? Manso es el modelo del patriotismo, segun lo entienden algunos. Si le preguntan á qué partido pertenece, responde que no tiene partido, que los partidos son cánceres que devoran á los pueblos: si le dicen qué desea, á qué aspira, contesta que lo que él quiere es la felicidad del país; y este santo varon, viendo premiadas sus nobles ideas y laudables intentos con un destino, ó lámese canongía, pasa tranquilamente sus años, muere, le entierran, y no es difícil que cualquier amigo le ponga un epitafio, en que se diga que fue un ciudadano perfecto, y que prestó servicios sin cuento al país. Hablemos formalmente: Manso es uno de esos ateos, que adoran, sin embargo, un Dios: el dios yo, el egoismo; no conozco enemigo mayor de la patria, que el que, sin dar otras pruebas de lo contrario que comer á costa de ella y callar, está repitiendo continuamente que no es hombre de partido, y que solo desea la felicidad de la patria. ¡Oh Mansos! ¿Para qué os habrá dado Dios corazon y entendimiento? Vosotros sois polilla y carcoma de las naciones, seres degradados, inútiles y perjudiciales, que, como dicen los economistas, consumen y no producen, que contemplan impasibles las mayores catástrofes, en cuyo espíritu no bulle una idea noble, y en cuyo pecho jamas se siente una palpacion generosa.

Si en la revista que voy pasando de los concurrentes al concierto no menciono mas que empleados ó tahures políticos, es porque en España apenas tropieza uno mas que con esas dos *clases*, receptáculos, en gran parte, de gente inepta, ó amiga de *vivir sobre el país*.

Sin embargo, tambien concurrió, como uno de tantos, Redondela, el mortal mas dichoso y mas simple que he conocido; individuo, cuya gloria estriba en lucir su figura, pues presume de buen mozo, y en ir enseñando por todas partes á su mujer, mas buena moza

que él, para que el mundo envidie su tesoro; así como su amigo Pardo cifra toda su felicidad en lucir un potro cordobés que se empeña en que *devora el viento*, aunque, á juzgar por su robustez ilusoria, es de suponer que lo que devora con ansia es el pienso.

A poco de principiarse el concierto, entraron las tres Marías, y á su paso por la sala oyóse un murmullo general de aprobacion entre los jóvenes, muchos de los cuales las dieron escolta hasta las sillas.

Mas llamaron aun la atencion de la concurrencia, así por su belleza como por su lujo oriental, las de Lozano. Lo que encima de sí llevaban debió haberles costado un dineral; pero la novedad de la noche, el acontecimiento notable, fue el aderezo de Isabel; no solo por su valor intrínseco y por su mérito artístico, sino por lo que de él habia ya referido y comentado la crónica escandalosa. Dolores, la mayor de las tres Marías, lo habia contado á unas amigas, estas amigas á otras, y así, de boca en boca, en confianza y sencillamente, fue corriendo con una velocidad semitelegráfica. ¡Sencilleces y confianzas del mundo! Puenteillas, despues de contemplar un momento á la mujer de Lozano, sacó una cartera, en la que hizo varios apuntes: habiale sin duda ocurrido alguna idea original, algun rasgo magnífico, alguna fórmula estupenda para pintar el aderezo en su periódico: tal vez diria, por ejemplo, que brillaba y resplandecía como una cascada de luz, que era un cielo cuajado de estrellas y destellando los colores del iris; que... ¡Quién podria seguir el galope de aquella imaginacion sin freno!

Isabel advirtió con orgullo la admiracion hácia ella pintada en todos los semblantes, y muy particularmente en los de las primas de don Julian.

—¿Cómo rabiarán de envidia!—se decia.—La otra noche fui la reina del baile en casa de la marquesa; esta noche será la reina del concierto. Las de Romero no me quitan ojo: ¡tanto peor para ellas!

Las de Romero hablaban entre sí.

—Vamos—decia Rosario,—á no verlo, no lo creyera. Hay mujeres para todo.

—Qué desfachatez en la mirada—repuso Dolores;—no parece, sino que nos está desafiando.

—Ella ignorará que lo sabe ya todo Madrid; esclamó Paz.

—¿Qué ha de ignorar?—replicó Dolores.—No lo creas; ¡pero como nadie la tira de las riendas! Su marido es un Juan Lanás, que pasará por eso y mucho mas.

—¿Y sabeis que está guapa?—dijo Rosario.

En efecto: la riqueza del traje, el color de la noche, la luz de la sala, y la alegría de la vanidad satisfecha, aumentaban en muchos quilates la hermosura de Isabel.

Pero en un ángulo de la sala, dos ojos de mirada profunda y compasiva, clavábanse con ahinco en la reina del concierto, en la mujer de Lozano. Carlos Arenal, que si tuvo suficiente valor para despedirse de Isabel y de Teresa, no lo tenia para privarse eternamente de ver á esta última, buscando, por el contrario, ocasiones en que poder contemplarla con la admiracion de otras veces; Carlos Arenal, avergonzado, escondiéndose en lo posible, de la gente, por falta de recursos para alternar con ella, estaba allí, como siempre, esto es, con la eterna abrochada hasta el cuello, y con su aspecto enfermizo, aunque simpático. Y en esta noche su color era mas pálido; habian llegado á sus oídos los rumores del aderezo, y su corazón gemía silenciosamente. Detrás de aquella deslumbradora seda, de aquellos encajes tan delicados que el mas leve soplo del aire parecería bastar para destruirlos, de aquellas perlas, de aquel oro, de aquellos diamantes y de aquella figura soberana, descubria él un espéctro hediondo, el fantasma de una mujer sin conciencia. Porque Carlos, como todas las almas poéticas y desgraciadas, tenia don de segunda vista; y el paralelo entre la pobreza, la humildad y la honradez de sus hermanas, y la ostentacion, la soberbia y la afrenta de Isabel, si por una parte le complacia, desconsolábale por otra. Teresa, menos envanecida que su madre, correspondió al saludo que de lejos le hizo Carlos, y sus ojos se encontraron frecuentemente con los del pobre mancebo.

Isabel habia cometido una falta, grave siempre en una mujer, pero mas todavía en una casada, en una madre; y sin embargo, como todo el que delinque,



EL GENERAL JEZIORANSKI.

trataba de sincerarse ante su conciencia con razones que solo podian serlo á sus ojos. «He recibido el aderezo—pensaba,—de manos de don Julian, es verdad; pero ¿quién lo paga? ¿Quién lo ha comprado? Yo, y nadie mas que yo. Segun sus mismas palabras, él no hizo otra cosa que lo que haria cualquiera de mis criados; además, si á un amigo no le son permitidas confianzas semejantes, confieso que no entiendo lo que es amistad.» Con estas y otras reflexiones análogas, ahuyentó por el momento algunos escrúpulos que la asaltaron relativos á su conducta; principalmente despues del *sermon* de su marido; pero luego tornaron estos mismos escrúpulos á molestarla, prueba inequívoca de que su conciencia no estaba del todo muerta, como creia Carlos.

Don Julian regresó de su cacería en la noche del concierto, y aunque sintiendo gran cansancio, no quiso renunciar al triunfo que le esperaba en casa del capitalista Jarreño, hácia la cual se encaminó luego que se hubo despojado de la ropa expedicionaria y puesto la de sociedad.

Su entrada en la sala del concierto escitó una curiosidad análoga á la que escita en el teatro la salida del héroe de la funcion, sobre todo, cuando su presencia contribuye á complicar la fábula, á darle mayor interés, ó á un desenlace inesperado. Fijáronse alternativamente todos los ojos durante unos cuantos minutos en Isabel y en don Julian; todas las miradas penetraban como la hoja finísima de un escalpelo anatómico en el alma de entrambos, en busca de las lesiones morales que se sospechaban en ella. Lleváronse chasco, no obstante; don Julian fue saludando poco á poco á los conocidos, entreteniéndose particularmente con las tres Marías y con algunas otras amigas; y solo momentos antes de la conclusion del concierto, acercóse á Isabel y á Teresa, hablóles dos palabras, y volvió á separarse de ellas. Bastábale por entonces, para su satisfaccion, el efecto producido por su entrada; pues al finalizarse el concierto, dió las manos á Isabel y á su hija para bajar la escalera; y brindándose á acompañarlas, subió sin mas ceremonia al carruaje del mismo Lozano, que no habia podido ir á buscarlas. No faltaron curiosos que presenciasen este hecho, y entre otros, las tres Marías, que, embozándose en sus magníficos albornoces moriscos y en sus nubes de raso bordadas de oro y plata, entraron en un coche, por cuyas ventanillas salieron tres risitas burlonas, que debieron llegar á oídos de Isabel, de Teresa y de don Julian, en alas del fresco viente de la noche.

VI.

Tres meses trascurrieron desde el concierto, insensiblemente para Isabel y Teresa, que pasaban una vida

tan alegre y fácil como costosa. Lo que se murmuró de Isabel con motivo del aderezo, no es para dicho; pero ninguna de estas murmuraciones llegó á noticia de Lozano, que despues de dar á don Julian, con quien tenia cuentas atrasadas, un pagaré de 2,500 duros, descansaba confiado en la virtud de su esposa; en su concepto, no faltaba ya mas sino quitar á un santo de los altares y poner en su lugar á ella. Como en casa de Lozano jamás habia orden ni arreglo, sucedió que las alhajas empeñadas en el Monte de Piedad, empeñadas se quedaron, pero sin dar á la suma que su empeño produjo el destino anteriormente acordado. Lozano ni siquiera noticia tuvo de este hecho, y su mujer fue invirtiendo á buen paso, en caprichos de modas y diversiones, casi todo lo recibido en aquel piadoso establecimiento. En el mes de abril, la situacion de la casa Lozano era apuradísima; y no obstante, solo él lo sabia; creyó, pues, llegado el momento de tratar seriamente del asunto con su mujer, y de renunciar á tanto derroche y locura tanta; si es que el remedio llegaba todavía á tiempo.

Antes de salir Lozano á sus negocios, momento el mas á propósito para hablarle sin testigos, acercóse á él su mujer, seductora como una tentacion, esperando que se le mostrase propicio en lo que iba á pedirle.

—¿Estás de mal humor? le preguntó, viéndole efectivamente de mal gesto.

—Sí, acabo de oír cosas que no me dan plato de gusto. ¿No sabes lo que ha pasado?

—No.

—He sorprendido á nuestros criados en conciliábulo, diciendo pestes contra nosotros, porque les debe-

mos cerca de medio año, sólo de salarios, sin contar con sus anticipos.

—¿Y por tan poco te incomodas? ¡Qué niño eres! Eso se desprecia.

—Yo creia, Isabel, que se les pagaba al corriente.

—¿Como estás acostumbrado á que se hagan milagros con el dinero que me das!

—Yo todos los meses desembolso lo que me pides, incluyendo en ello el salario de los que nos sirven, y me estraña por lo mismo lo que ocurre.

—¿Pues tienes mas que hacerte cargo del gasto de la casa?

—¿Y que es una bicoca la cuenta! Cuenta que, segun dicen, ya te habian presentado antes á tí, sin fruto alguno, cuando no subia á tanto. Acierta á lo que asciende.

—No sé.

—Asciende á 10,000 reales. ¿Sabes lo que decia Pedro á Juan y á Luisa? «Os repito que no paro mas en esta casa; no quiero hacer lo que el sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo. ¿De qué nos hubiéramos mantenido en muchas ocasiones, á no ser por nuestros ahorros? De aire, como los camaleones. Pues hijos, tripas llevan piernas; yo á casas como esta les hago la cruz como al diablo, pues sé dónde me aprieta el zapato, y les digo: á otro perro con el hueso.» A lo cual replicaba Luisa: «Pues á fe, á fe, que los amos bien gastan y triunfan: ¿de dónde salen estas misas?» Y Pedro respondia: «Déjalos que gasten y triunfen: *al freir, será el reir*; puede que mañana tengan que pedir limosna. Yo, acá para nosotros (¡Dios me perdone!)—añadió Pedro con gran sigilo,—tengo entendido que... y cuando el río suena, agua lleva... en fin, dicen que el amo...» Y al llegar aquí, ejecutó con los dedos de la mano derecha cierto movimiento de rotacion para indicar el robo.

—¿Y no llamaste un par de municipales para que se llevasen á los tres? dijo Isabel, amarilla de cólera.

—Prudencia, Isabel, prudencia; no demos escándalo; ese asunto déjalo por mi cuenta; por Dios te pido que no les digas una palabra.

—Hablas en un tono que pareces un delincuente.

—Todo el mundo sabe lo que se murmura de nosotros, menos nosotros mismos.

(Se continuará.)

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,
IMPRESA DE GASPÁR Y I. G. EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.